

Lo Hiper en la cultura del siglo XX: La dialéctica de la transición del modernismo al posmodernismo

*Mikhail Epstein**

*Traducción y notas críticas: Rolando Navarro***

Resumen

Este trabajo trata acerca de las leyes del desarrollo cultural del siglo XX, las cuales son compartidas por el mundo occidental y la sociedad rusa en el entendido de que esta fue la época del trágico aislamiento de Rusia de la oposición agresiva de Occidente. Fue el proyecto revolucionario ruso el que lo distinguió de Occidente, pero fue precisamente a través de esta “revolucionariedad” como Rusia se inscribió ella misma en el paradigma cultural del siglo XX. Nuestra tarea será entonces explorar la intrincada relación entre el modernismo y el posmodernismo como dos aspectos complementarios de un paradigma cultural, el cual puede ser designado mediante la noción de “hiper”. El análisis subsiguiente desembocará en las dos categorías conectadas: lo “super” y lo “pseudo”. Lo que sigue es un intento por analizar las premisas modernistas del posmodernismo a la luz de la perspectiva posmoderna del modernismo, o, simplemente hablando, la interdependencia de estos dos fenómenos históricos. El argumento se centrará en las variadas aproximaciones modernistas: en física con la mecánica cuántica; en teoría literaria con la nueva crítica; en filosofía con el existencialismo; en las teorías psicoanalíticas con la revolución sexual; en las tendencias sociales e intelectuales soviéticas con el materialismo y el colectivismo.

Palabras clave: hiperrealidad, hipertextualidad, hiperexistencialidad, hipersexualidad, hipersocialidad, hipermaterialidad.

The Hyper phenomenon in the XX century culture: dialectic of the transition from modernism to posmodernism

Recibido: 02/10/2000

Aceptado: 27/11/2000

Revisión y Actualización: Julio 2004

* Profesor Titular del Departamento de Estudios Rusos de la Universidad de Emory, Atlanta, Estados Unidos. (Autor)

** Profesor Ordinario de LUZ. Núcleo COL e Investigador Adjunto del Instituto de Filosofía del Derecho de la FCJP (LUZ). Categoría: Asociado. Maestría en lingüística y enseñanza del lenguaje (LUZ) rnavarro@cantv.net

Abstract

This work deals with the laws of cultural development of the 20th century which are shared by the Western world and Russian society, notwithstanding the fact that this was Russia's epoch of tragic isolation from and aggressive opposition by the West. It was Russia's revolutionary project which distinguished her from the West, but it was precisely through this "revolutionaries" that Russia inscribed herself into the cultural paradigm of the 20th century. Our task is to explore the intricate relationship of Modernism and Postmodernism as the two complementary aspects of one cultural paradigm which can be designated by the notion "hyper" and which in the subsequent analysis will fall into the two connected categories, those of "super" and "pseudo". What follows is an attempt to analyze the modernist premises of postmodernism in the light of postmodern perspectives of modernism, or, simply speaking, the interdependence of the two historical phenomena. The central argument will focus on the variety of modernist approaches, in physics (quantum mechanics), in literary theory (new criticism), in philosophy (existentialism), in psychoanalytic theories and practices (sexual revolution), in Soviet social and intellectual trends, such as collectivism and materialism.

Key words: hyperreality, hypertextuality, hyperexistenciality, hypersexuality, hypersociality, hypermateriality.

Este ensayo de Mikhail Epstein, escrito originalmente en ruso y traducido al inglés por su colega Slobodanka Vladiv-Glover con el título *The Dialectics of Hyper: from Modernism to Postmodernism*, es tomado del libro *russian postmodernism: new perspectives on post-soviet CULTURE*, edición colectiva que reúne trabajos de Epstein, así como de Alexander Genis y Slobodanka Vladiv-Glover.

Mikhail Epstein es actualmente Profesor Titular del Departamento de Estudios Rusos de la Universidad de Emory, Atlanta, Estados Unidos. De 1988 a 1990 fue Director del Laboratorio de Cultura Contemporánea del Centro Experimental de Creatividad, en Moscú. Es especialista en teoría literaria, historia de la literatura rusa; filosofía y religión en la Rusia contemporánea y tendencias posmodernas en las culturas oriental y occidental. Ha escrito más de doscientos artículos y ensayos traducidos a nueve idiomas. Esta es la primera traducción de un trabajo suyo al castellano. Por cierto, debo advertir que algunos

párrafos del ensayo en inglés quedaron fuera de la traducción al castellano, pues reiteran una y otra vez ideas expresadas en apartes anteriores.

Las Premisas Modernistas del Posmodernismo

La primera mitad del siglo XX se desarrolló bajo la bandera de numerosas revoluciones, tales como “social”, “cultural” y “sexual”, así como cambios revolucionarios en física, psicología, biología, filosofía, literatura y arte. En Rusia tuvieron lugar transformaciones en esferas distintas a las de Occidente. Pero ambos mundos estuvieron unidos a través de un modelo revolucionario común. Este hecho explica las similitudes tipológicas que han emergido en la segunda mitad del presente siglo entre el postmodernismo occidental y la cultura contemporánea rusa, esta última se desarrolla, al igual que su contraparte occidental, bajo el signo de “post”, como cultura post-comunista o post-utópica.

Nuestro análisis tratará acerca de las leyes del desarrollo cultural del siglo XX, las cuales son compartidas por el mundo occidental y la sociedad rusa, en el entendido de que ésta fue la época del trágico aislamiento de Rusia de la oposición agresiva de Occidente. Fue el proyecto revolucionario ruso el que lo distinguió de Occidente; pero fue precisamente a través de esta “revolucionariedad” que Rusia se inscribió ella misma en el paradigma cultural del siglo XX.

Las revoluciones son ciertamente una parte del proyecto modernista. En el sentido más amplio del término modernismo, este proyecto es una búsqueda y una reconstrucción de una realidad auténtica, superior y esencial que se encuentra más allá de los sistemas de signos convencionales y arbitrarios de la cultura. En este sentido, el padre fundador del modernismo es Jean-Jacques Rousseau, con su crítica a la civilización contemporánea y el

descubrimiento de una original e “intacta” existencia del hombre en la naturaleza. El pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud, quienes expusieron la ilusión de una autoconciencia ideológica, descubrieron una realidad “esencial” en la autopropagación de la materia y la producción material, en los instintos de la vida, en la voluntad de poder, en el impulso sexual y en el poder del inconsciente. Estos descubrimientos fueron todos creación del modernismo.

En este mismo sentido, James Joyce, con su descubrimiento del “fluir de la conciencia” y de los “prototipos mitológicos” con énfasis en las formas convencionales del “individuo contemporáneo”, fue un modernista. Lo mismo se puede decir de Kazimir Malevich, quien borró la multiplicidad de colores del mundo visible con el propósito de descubrir su fundamento geométrico, el llamado “cuadrado negro”. Velimir Khlebnikov, quien insistió en la realidad esencial de la “autovaloración” y la palabra “trans-sensorial”, afirmó el conjuro del tipo “bobeobi peli guby” en lugar de los símbolos convencionales del lenguaje. Aunque de un modernismo antagonista a uno artístico, la revolución comunista fue una manifestación de modernismo político. Luchó por traer al poder los “verdaderos creadores de la realidad”, lo cual generó bienestar material, a saber: las masas trabajadoras. Estas masas abatirán a las clases parasitarias, las cuales pervierten y alienan la realidad, apropiándose para ellos mismos de los frutos del trabajo de los demás a través de todo tipo de formas de ilusión ideológicas y del aparato burocrático.

Después de todo, el modernismo puede ser definido como una revolución que luchó para abolir el carácter arbitrario de la cultura y de la relatividad de los signos, para afirmar el absolutismo escondido del ser, indiferentemente de cómo se definió este ser esencial y auténtico: como “materia” y “economías” en el marxismo, “vida” en Nietzsche, “libido” e “inconsciente” en Freud, “creatividad entusiasta” en Bergson, “fluir de la conciencia” en

William James y James Joyce, “ser” en Heidegger, la “palabra autovalorada” en el futurismo o “el poder de los trabajadores y campesinos” en el bolchevismo. Esta lista, desde luego, podría continuar.

El posmodernismo, como se sabe, dirige su feroz crítica al modernismo por su más reciente adherencia a la ilusión de una “verdad última”, de un “lenguaje absoluto”, de un “nuevo estilo”, todo lo cual debía conducir a una “realidad esencial”. El nombre mismo apunta hacia el hecho de que el posmodernismo se constituye él mismo como un nuevo paradigma cultural en el proceso verdadero de diferenciarse del modernismo, como un experimento en la auto-clausura de los sistemas sémicos, del lenguaje plegado sobre sí mismo. La verdadera noción de una realidad más allá de aquella de los signos es criticada por el posmodernismo como la “última” en una serie de ilusiones, como una sobreviviente de la vieja “presencia metafísica”. El mundo de la secundariedad, el cual es de presentaciones convencionales y contingentes, prueba ser más auténtico y primario que la sedicente “realidad verdadera”, de hecho “mundo trascendental”. Esta crítica de “falacia realista” nutre diversos movimientos postmodernos. Uno de ellos, el conceptualismo ruso, por ejemplo, expone la naturaleza de la realidad soviética como un espejismo ideológico y como un sistema de signos “supersignificantes” proyectados por la mente poderosa sobre el espacio vacío del significado imaginario.

Nuestra tarea es explorar la intrincada relación entre el modernismo y el posmodernismo como dos aspectos complementarios de un paradigma cultural, el cual puede ser designado mediante la noción de “hiper” y que en el análisis subsiguiente desembocará en las dos categorías conectadas, tales como las de lo “super” y lo “pseudo”. Si el posmodernismo ruso y el occidental tienen sus raíces comunes en sus respectivos pasados modernistas y la obsesión revolucionaria con el “super”, así como también el

actual paralelismo entre el posmodernismo occidental y su contraparte rusa, su común compromiso con el “pseudo”, nos permite vislumbrar el fenómeno del postmodernismo en general en una nueva dimensión. Esta nueva perspectiva, la cual se adquiere a través de la comparación, es proyectada como el camino que guía un pasado común revolucionario, cuya herencia de ambos paradigmas posmodernos —el ruso y el occidental— luchan por superar.

Paradójicamente, fue la revolución como una búsqueda y una afirmación de un “supersignificado”, una realidad “pura” o “esencial”, la cual ha llevado a la formación de pseudo realidades, constituidas por signos vacíos no referenciales de realidad, con los cuales la cultura postmoderna juega tanto en Rusia como en Occidente.

Lo que sigue es un intento por analizar “las premisas modernistas del posmodernismo a la luz de la perspectiva posmoderna del modernismo”, o, simplemente hablando, la interdependencia de los dos fenómenos históricos. Mi argumento se enfocará hacia la variedad de acercamientos modernistas: en física con la mecánica cuántica, en teoría literaria con la nueva crítica, en filosofía con el existencialismo, en teoría y práctica psicoanalítica con la revolución sexual; en las corrientes soviéticas sociales e intelectuales tales como el “colectivismo” y el “materialismo”, los cuales revelan el fenómeno de lo “hiper” en su primer estado, como un giro revolucionario del paradigma clásico y una aseveración de una realidad “verdadera y esencial” o una “super-realidad”. En su segundo momento, el mismo fenómeno se da como “pseudo-realidades”, lo cual marca la transformación del modernismo al posmodernismo, del “super” al “pseudo”. Lo que se desea argumentar es la necesaria conexión entre estos dos estados, “super” y “pseudo”, en el desarrollo del paradigma cultural del siglo XX. El concepto de lo “hiper” destaca no sólo las líneas de continuidad entre el modernismo y el posmodernismo, sino también los

desarrollos paralelos del posmodernismo en Rusia y en Occidente como reacciones y revisiones de un legado común revolucionario.

Lo “Hiper” en la Ciencia y la Cultura

Una serie de diversas manifestaciones en arte, ciencia, filosofía y política del siglo XX puede ser sintetizada bajo la categoría de lo “hiper”. Este prefijo literalmente significa “aumento” o “exceso”; su popularidad en la teoría cultural contemporánea refleja el hecho de que muchas tendencias de la vida del siglo XX han sido llevadas al límite del desarrollo, de tal manera que ellas han llegado a revelar su propia antítesis.

El concepto de “hiperrealidad” en el sentido antes mencionado del prefijo “hiper” ha sido acuñado por el semiólogo italiano Umberto Eco y el sociólogo y filósofo francés Jean Baudrillard, ambos lo relacionan con la desaparición de la realidad a la mirada del dominio de los medios de comunicación de masas. A la primera mirada, la tecnología de los medios de comunicación parece capturar la realidad en todos sus más mínimos detalles. Pero ese nivel de penetración en los hechos, lo técnico y visual, significa que ellos mismos construyen una realidad de otro orden, la cual ha sido denominada “hiper-realidad”. Esta “hiperrealidad” es una creación fantasmática de los métodos de los medios de comunicación, y como tal emerge como una realidad más auténtica, exacta y “real” que la que percibimos en nuestro alrededor.

Un ejemplo ilustrativo de esto es el movimiento influyente en arte de los años setenta y principios de los ochenta llamado “hiperrealismo”. Dentro de las obras publicadas por este movimiento incluyen fotografías gigantes en colores, enmarcadas y funcionando como pinturas. Detalles tales como la piel en la cara de un hombre, aparece tan cercana que es posible ver cada poro, cada aspereza de la superficie, cada protuberancia no visible

normalmente con nuestros ojos desnudos. Este es el efecto “hiper” que hace que la realidad adquiriera una dimensión “excesivamente real” debido enteramente al método de su reproducción técnica.

De acuerdo con Baudrillard, la realidad firmemente entrelazada en una red de medios de comunicación ha desaparecido completamente del mundo occidental contemporáneo, cediendo su lugar a la hiperrealidad, la cual es producida por métodos artificiales:

“La realidad en sí misma se fundamenta en el hiperrealismo, la duplicación meticulosa de lo real, preferiblemente a través de otro medio reproductivo tal como la fotografía. De medio a medio, lo real es volatilizado, convirtiéndose en una alegoría de la muerte. Pero es también, en un sentido, reforzado a través de su propia destrucción. Se convierte en realidad para su propio interés, el fetichismo del objeto perdido... lo hiperreal”.

Esta paradoja fue descubierta por la física cuántica mucho antes del advenimiento de los teóricos del posmodernismo. Los científicos fueron quienes primero descubrieron que las partículas elementales, las cuales eran objetos de observación, fueron ampliamente determinadas por los instrumentos de medición. La realidad que se reveló a los físicos a finales de los años veinte y en adelante vino a ser reconocida crecientemente como una “hiperrealidad”, debido a que fue construida por los parámetros de los equipos de medición y de los cálculos matemáticos. En palabras del físico norteamericano Heinz Pagels: “no tiene sentido hablar acerca de las propiedades físicas de los objetos cuánticos, sin precisamente especificar los arreglos experimentales a través de los cuales se intentan medirlos. La realidad cuántica es en parte una realidad creada por el observador... Con la teoría cuántica, la intención humana influye en la estructura del mundo físico”.¹

El problema metodológico más desafiante en la física de hoy vinculado al modelado de entidades especulativas, tales como los “quarks” y “strings”; es la pregunta acerca de qué es lo que en verdad se investiga, cuál es el estatus de la llamada “física de los objetos” y en qué sentido pueden ser llamados “física” y “objetos” si ellos son llamados a la existencia por una serie de operaciones matemáticas.

La mecánica cuántica se convirtió en la primera disciplina en admitir su carácter hiper-científico o, más exactamente, la naturaleza hiper-física de sus objetos. Acercándose cada vez más a la fundación elemental de la materia, la ciencia está descubriendo el carácter imaginario y puramente racional de la realidad física, la cual supuestamente describe pero que de hecho ella inventa. En el pasado se pudieron distinguir claramente descubrimientos e invenciones: el primero reveló algo que realmente existió en la naturaleza; el segundo creó algo que fue posible y útil en tecnología. En la actualidad no hay categorías estrictamente delimitadas de descubrimientos e invenciones, debido a que todos los descubrimientos tienden a convertirse en invenciones. La diferencia entre descubrimiento e invención se ha desvanecido, al menos en lo que respecta a lo más profundo y originario de los estratos de la realidad. Mientras más penetra uno en estos estratos, más se encuentra uno en las profundidades de la propia consciencia.

Asimismo, entre más perfectos sean los instrumentos utilizados para observar la realidad física, menos puede ser detectada la realidad en un sentido propio como algo diferente de las condiciones de su observación. Esto es precisamente la creación de “una-realidad-creada-por-el-observador” de lo cual se desprende el concepto de hiperrealidad en Baudrillard.. La noción del filósofo y sociólogo francés de hiperrealidad relacionado con los objetos culturales la introdujo en su libro Intercambio Simbólico y Muerte (1976), medio siglo después de que Niels Bohr dejara sentado que la nueva comprensión de los

objetos físicos está influida por la intención humana (1927). Es el mejoramiento de los instrumentos para la observación y la reproducción de la realidad física y cultural, lo que la hace intercambiable con su propia representación. En su señalamiento “De medio a medio, lo real está volatilizado...”, Baudrillard se refiere al sentido más auténtico y sensible de la reproducción de la realidad, tal es el caso de la fotografía, el cine y la televisión. Paradójicamente, en la medida en que los métodos de representación sean más confiables, más dudas saltan a la categoría de verdad. Un objeto que se presente con un máximo de autenticidad, no se diferenciará más de su propia copia. La hiperrealidad suplanta la realidad así como la veracidad hace inalcanzable a la verdad.

La Hiper-Textualidad

Al igual que en las ciencias naturales, en las ciencias humanas también se produjeron hechos análogos. Junto a los objetos hiper-físicos, emerge lo que se podría llamar la hiper-textualidad. La relación entre crítica y literatura sufre un cambio. La crítica modernista de las décadas de los años veinte y treinta de este siglo, representadas por las escuelas más influyentes, tales como el formalismo ruso, la nueva crítica anglo-americana y, luego, el estructuralismo, tratan de zafarse de los aspectos históricos, sociales, biográficos y psicológicos, integrados todos en la literatura, con el propósito de separar el fenómeno de la pura literalidad. Esta literalidad de la literatura es análoga a las “partículas elementales” de la textura literaria, su esencia última e irreductible.

La crítica está comprometida en purificar el montón de literatura mediante la separación de todos esos estratos adicionales, los cuales fueron resaltados por las escuelas críticas de tiempos pasados: la ilustración, el romanticismo, el realismo, la crítica biográfica, psicológica e histórica, la crítica del naturalismo y simbolismo, y demás modas

de los siglos XIX y principios del XX. Esto significa que la crítica ahora desea deslastrar a la literatura de esos contenidos impuestos, con el propósito de llevarla hacia su forma más pura, al texto mismo. Todo lo que fue valioso en literatura –la reflexión histórica de la realidad, el punto de vista del autor, la influencia de las corrientes intelectuales de su época– todo esto, es ahora visto como extraño a la literatura y pasado de moda.

Del mismo modo que la crítica textual lo hace, la mecánica cuántica divide el objeto físico –el átomo– en partes tan pequeñas cuya existencia objetiva se desvanece en proyecciones ideales de métodos de observación y las propiedades de los aparatos de mediciones físicas. Los signos textuales puros, suprimidos por la literatura en forma de pequeñas partículas irreductibles, son equivalentes a las proyecciones ideales de la metodología crítica. Debido a que estos signos están purificados de todos los significados, supuestamente impuestos por la subjetividad del autor y las extrañas circunstancias históricas, el crítico es el único facultado para leerlos como portadores de significado o como signos con significado potencial. Es el crítico quien determina los significados de esos signos, inicialmente purificados por todos los significados.

El resultado paradójico de dicha purificación de la literatura descansa, entonces, en el crítico y en los métodos de interpretación. Tanto el formalismo ruso como la nueva crítica anglo-americana hacen accesible la literatura al lector a través de la acción intermediaria del crítico. En otras palabras, la crítica desplaza a la literatura de su propio territorio y sustituye el poder que el escritor transmite a las mentes de sus lectores por el poder de la crítica.²

La Hiper-Existencialidad

La hipertextualidad como fenómeno de la crítica literaria se asemeja al fenómeno del hiper-objeto creado por la ciencia física. Otra forma de lo “hiper” la podemos encontrar en una de las corrientes filosóficas más influyentes de los años veinte a los cincuenta: el existencialismo europeo. Éste se mueve hacia una realidad auténtica de la existencia individual, al ser-en-sí, el cual precede cualquier categorización, cualquier generalización racional. Con ello, el existencialismo parece someterse a la conciencia “abstracta” y “racionalista” de los sistemas idealistas desde Platón hasta Descartes, y desde Hegel hasta la crítica fundamental.

Desde la obra de Dostoievski, *Apuntes del Subsuelo*, la literatura rusa se dirigió hacia el proceso de la producción del ser o la “pura existencia” desde una conciencia abstracta que disuelve toda concreción y formalidad del ser. Este “ser puro” se constituyó a partir de la duración temporal de una permanencia. La existencia, así, se convierte en pura abstracción del ser, producida por la conciencia y privada de toda característica que pudiera impartir su concreción. En su concreción, el hombre es una u otra entidad, holgazán o diligente, sacristán o campesino, etc. El hombre subterráneo de Dostoieski, uno de los primeros existencialistas antihéroes de la literatura mundial, no es capaz de llegar todavía a la definición de bueno-para-nada, o un insecto. Su conciencia es infinita y aun “enfermiza” en sus excesos; destruye la definitividad que esclaviza la “torpe” e “ilimitada” acción de la gente, empujándola hacia el límite último de la existencia donde el ser humano no es nada concreto sino que es, simplemente existe.

Esta “hipersingularidad”, basada en el ser-en y para-sí (siguiendo la terminología de Hegel), es la más alta posibilidad de abstracción, la cual se empalma con el extremo de la auto-consciencia consciente, disolviendo todo tipo de determinación cualitativa.

Precisamente, por su “elementalidad”, la existencia se convierte en cuanto (quant), la última e indivisible partícula de la “materia” o la existencia-en-sí, una derivación del más especulativo tipo de conciencia, que se objetiva él mismo en la forma de “ser-en-sí”. La autodefinition existencialista de “Yo soy” es más abstracta que una definición “esencialista” como “Yo soy un ser racional” o “Yo soy un hombre holgazán”.

Sartre en *La Nausea* muestra cómo la conciencia “infeliz” de Roquentin, no movida por nada y que se eleva hacia al más alto grado de abstracción, inesperadamente encuentra (aunque realmente engendra) la textura abstracta del ser, de la raíz y de la tierra, terco en su absurdidad e induce a la nausea. Esta absurdidad, que la conciencia existencialista descubre en cualquier parte como revelación de una “verdadera” realidad, que no ha sido falseada o generalizada, y que es dada anterior a cualquier acto de racionalización, es de hecho “hiperrealidad”. Es el producto de una generalización racional, la cual merece especial atención en el mundo, tanto en todas las características que abarca como en lo irracional.

El existencialismo no es la negación del racionalismo, sino más bien su última expresión, un método de construcción racionalista del principio universal de irracionalidad, llamado “voluntad” por Schopenhauer, “vida” por Nietzsche, “existencia” e “individuo” por Kierkegaard. Esta irracionalidad es más cerebral y abstracta que todas las demás formas de racionalidad, las cuales dividen al ser en tipos concretos, en esencias, en leyes y conceptos. La racionalidad siempre contiene al menos cierta dosis de concreción, pues está siempre en relación con “algo”; es el “sentido de una cosa concreta”, la racionalidad de algo que necesita ser definida o especificada desde un punto de vista racional. La “irracionalidad” no demanda tal concreción; es “irracionalidad-en-sí”, “la absurdidad de todo”; representa “un todo que abarca la absurdidad”. Revela su última generalidad precisamente a través de su nauseabunda e indiscriminada relación con las cosas concretas.

El mundo irracional, el cual ostensiblemente resiste una definición racional, es un producto de la racionalidad más esquemática, que niega toda concreta definición de las cosas y que encuentra su última expresión en la abstracción, tal como “la existencia-en-sí”, “lo-particular-en-sí”.

Detrás de la aparente y auto-evidente “existencia-en-sí”, postulada por el existencialismo, uno puede detectar la “hiper-realidad” de la razón abstraída de sí misma en su forma vacía de racionalidad última. Es una abstracción conceptual de tal grado que se abstrae ella misma de su propia fundamentación racional para afirmarse como su propia oposición como-ser-en-sí, inapresable por la razón, intipificable e inconcretizable. Hay dos grados de abstracción: uno moderado, el cual está confinado a la esfera de la razón; y uno extremo, que va más allá de los límites de la razón. Cuando la abstracción racional va tan lejos como lo abstracto desde la racionalidad misma, se convierte en el concepto de la irracionalidad universal. Esta forma de razonamiento abstractivo desde la razón es el que da pie a la noción del sin sentido del ser puro.

La Hiper-Sexualidad

En el siglo XX, el fenómeno de lo “hiper” también se evidencia en la esfera de las relaciones personales íntimas. Un siglo antes se declara la guerra al puritanismo y a la ética cristiana del “ascetismo”. El instinto sexual se establece como una realidad primordial, subyacente al pensamiento y a la cultura. El ensalzamiento nietszcheano de la vida del cuerpo prepara a la sociedad europea, que ha experimentado el trauma de la primera guerra mundial y la explosión de las emociones agresivas, a aceptar el psicoanálisis, corriente intelectual que llega a dominar en la década de los años veinte de este siglo. Los trabajos

científicos de Sigmund Freud, Wilhelm Reich y discípulos, los descubrimientos artísticos del surrealismo, James Joyce, Thomas Mann, D.H. Lawrence, Henry Miller y otros, las más nuevas formas de liberación sexual en la cultura del jazz y el cabaret, todo ello toma su apogeo en los años veinte bajo el rótulo de la llamada “revolución sexual”.

Pero, como ha sido señalado por muchos críticos, los “instintos básicos”, abstraídos de todas las capacidades y fuerzas humanas, no son otra cosa que un esquema abstracto, fruto de la actividad analítica de la razón.

La hipersexualidad, como se puede llamar a esta “racionalizada” sexualidad abstracta e hiperbolizada, surge en la teoría de Freud y en las novelas de D.H. Lawrence, así como también, en un nivel más básico, en la circulación creciente de los escritos pornográficos. La pornografía es el bastión verdadero de la hipersexualidad, la cual presenta el simulacro condensado de la sexualidad: fotografías brillantes, imágenes en la pantalla de sexo impensable, de inimaginables senos, muslos poderosos y violentos orgasmos.

Incluso, la teoría psicoanalítica, con todo su rigor científico y sofisticación, revela esta tendencia hiper-sexual e hiper-real. El mundo del inconsciente, proclamado por Freud como la realidad primera de ser humano, fue descubierto o inventado por la conciencia, como una autoproyección interna, en lo más profundo. Esta invención asume las proporciones de otra realidad, que precede y excede a la realidad misma de la conciencia. Así, la conciencia crea algo más fuera de sí misma para entregarse a ello como algo primario e incontestablemente poderoso. Una explicación más adecuada de este fenómeno es que no es el todo una realidad primaria y pre-existente, opuesta a la conciencia desde adentro, sino que es construida por la conciencia misma en tanto que forma de auto-alienación que la domina como una “super-realidad”. Por lo tanto, la hiper-realidad es un

modo de auto-alienación de la consciencia. De esta manera, el inconsciente freudiano se convierte en una de las proyecciones de la consciencia más pronunciadas e hipnóticamente convincentes “fuera de sí mismo”.

La importancia de la revolución sexual, teóricamente dominada por el psicoanálisis, no consistió en que la vida orgánica y la vida instintiva cambiaron sus modos de existencia de un ser dominado por la consciencia a uno dominante. Esa fue la intención ideológica, el pensamiento desiderativo de la revolución. La revolución sexual fue, entonces, una revolución de la consciencia, la cual aprendió a producir vida como simulación de una sexualidad “pura”, que resultó ser estática, abstracta y racional. El resultado de la revolución sexual no fue tanto el triunfo del sexo “natural” como de lo mental sobre lo sexual. El sexo se convierte en espectáculo, una comodidad psicológica, reproducido en infinitas fantasías de seducción, el poder hiper-sexual de la hiper-masculinidad y la hiper-feminidad. Este “hiper”, el cual reproduce las imágenes sexuales en productos masivos de la cultura popular, es una cualidad perdida de la naturaleza. Es una cualidad introducida por la consciencia con poderes infinitos de abstracción y generalización.

La Hiper-Socialidad

Los cuatro procesos indicados hasta ahora, que permitieron la creación de “hiper-objetos”: las hiper-partículas de la física cuántica, los hiper-signos de la crítica literaria, el hiper-ser del existencialismo y el hiper-instinto del psicoanálisis y la revolución sexual, tuvieron lugar en las sociedades occidentales avanzadas de este siglo. Al mismo tiempo, en el mundo comunista se produjeron procesos similares de “hiperización” durante las décadas de los años veinte y treinta. Incluso, el comunismo mismo, su teoría y práctica, debe ser visto como una contraparte típica del fenómeno de lo hiper en el mundo oriental.

La sociedad soviética se obsesionó con la idea de “comunalidad”, de la “comunalización” de la vida. El individualismo fue castigado como el pecado más grande, como “un vestigio maldito del pasado burgués”. Se proclamó el colectivismo como el principio moral fundamental. La economía se construyó a partir de la “comunalización” de la propiedad privada, y entra en la jurisdicción del pueblo como un todo. Lo comunitario se colocó en un lugar mucho más elevado que lo individual. La existencia comunitaria fue considerada prioritaria y determinativa en relación con la conciencia individual, en completa sintonía con la fórmula de Marx: “no es la conciencia del hombre la que determina la existencia, sino su existencia social la que determina la conciencia”. Se produjo un nuevo hombre de “futuro comunista” en las empresas, las reuniones de partido, los apartamentos comunales urbanos, en colonias penales; un engranaje efectivo y concienzudo en la rueda gigante de la máquina del colectivismo.

Pero este nuevo tipo de socialidad, infinitamente más densa y cerrada en sus requerimientos comparada con su antecesora (pre-revolucionaria), no fue otra cosa que otra instancia de hipersocialidad y un simulacro de comunitariedad. De hecho, el lazo social que unía a la gente fue destruido rápidamente. Hacia la mitad de la década de los años treinta, incluso en las relaciones familiares, tal es el caso de maridos y esposas, padres e hijos, no podían confiar unos de otros en todos los aspectos; sus lealtades partidistas y las obligaciones sociales les forzaron a denunciar y traicionar incluso hasta los amigos más allegados. Esta guerra civil y el proceso de colectivización destruyeron los lazos naturales entre los miembros de la misma nacionalidad y comunidad profesional. “La sociedad más delgada y estrecha en el mundo (un eslogan de la propaganda soviética) fue una suma de individuos miedosos y alienados, unidades sociales débiles y muy pequeñas de familias y amigos, cada uno de los cuales trató de sobrevivir y soportar las presiones del Estado.

Incluso, la base de la pirámide del Estado descansa en la voluntad del individuo solo, quien regula de acuerdo con sus propias necesidades y valores el trabajo de todo el gigantesco mecanismo social. Es curioso que precisamente el comunismo, con su poder en la comunitariedad, alimentó el culto a la personalidad: en Rusia, China, Corea del Norte, Rumania, Albania y Cuba. Este hecho no es accidental sino que es la expresión de la naturaleza hipersocial de la nueva sociedad. El comunismo [soviético R.N.] no es una socialidad natural y primaria, basada en conexiones biológicas, económicas y las necesidades que unen a la gente. Es una socialidad construida conscientemente de acuerdo con un plan concebido por la mente individual de su “fundador” y “decretado” por la voluntad del “líder”.³

La socialidad “pura” del tipo comunista es similar a aquellos modelos de lo “hiper” que hemos descrito arriba: la sexualidad “pura” del psicoanálisis, la textualidad de la nueva crítica, y la elementariedad de la mecánica cuántica. El comunismo, así, representa algún tipo de quintaesencia hipnótica del cuerpo social, el cual excluye y destruye todo lo individual y concreto por virtud de su exclusiva abstracción, y por esta razón revela, en un análisis final, su origen puramente individual y especulativo.

La Hiper-Materialidad

Lo mismo se puede aplicar a los fundamentos de la Weltanschauung soviética: el materialismo científico. Desde este punto de vista, la materialidad física es primero, mientras que la conciencia y el espíritu son secundarios. La realidad es esencialmente material y representa sólo una forma de movimiento al lado de las formas físicas, químicas y biológicas del mismo movimiento. De tal manera que esta filosofía aspira a una

aproximación científica de la realidad de manera equilibrada y verificada por la experiencia. “El mundo es materia en movimiento, y nada existe que no sea una forma específica de materia, sus propiedades o una forma de sus movimientos. Este principio cobra importancia sobre la base del logro de la cognición científica y la práctica maestra del hombre de la naturaleza”.

Pero como es sabido, la práctica del materialismo soviético nunca trató de ajustarse a las leyes de la realidad material, aunque luchó en cambio para transformar la realidad. La materialidad de la naturaleza fue sometida a la explotación despiadada, la contaminación y destrucción, la materialidad de la vida de las personas declinó, la economía fue subordinada no por las leyes materiales de la producción sino por los planes quinquenales idealistas y los edictos ideológicos de los congresos partidistas. Como lo hizo ver Andrei Bely a principios de los años treinta, el dominio del materialismo en la Unión Soviética produjo el vacío de la materia misma. El materialismo fue, en esencia, un constructo puramente ideológico, el cual elevó la primacía de lo material en un absoluto teórico. En la práctica, el materialismo aniquiló lo material. La materia, que fue separada de los principios de espiritualidad y conciencia, se convierte en un simulacro de materia, que la destruye como tal. Así como la hipersocialidad sirve de culto a la personalidad singular, así la hipermaterialidad se convierte en un medio de legitimación de ideas abstractas en su finalidad escolásticamente clausurada. La materialidad de este materialismo fue el mismo fenómeno “hiper” igual al “colectivismo”, “la libido”, “la partícula elemental” y “el texto puro”.

Es significativo el hecho de que de las seis esferas de “hiperización”, tres son tradicionalmente subsumidas bajo el término de revolución: la social, la sexual y la científica. Pero las otras tres: el hiperexistencialismo, el hipermaterialismo y la

hipertextualidad, pueden igualmente ser calificadas por el término revolución desde el mismo momento en que desarrollan en un movimiento una reevaluación completa de los valores: del esencialismo al existencialismo (la revolución en la filosofía occidental); del idealismo al materialismo (la revolución en la filosofía soviética); de la “idea” y “contenido” a la forma y texto (la revolución en la crítica). A esto debemos agregar la revolución de los medios de comunicación, que se originó a partir del nacimiento de la televisión, el vídeo y las tecnologías de los ordenadores, produciendo una realidad en la pantalla, percibida como más real que el mundo que se encuentra más allá de la pantalla.

De lo Super a lo Pseudo

De esta manera el materialismo pasa a ser más escolástico y abstracto en su noción de materia que cualquier filosofía idealista anterior. El comunismo se hace más favorable a la afirmación absoluta de la individualidad singular y todopoderosa que cualquier individualismo que lo precedió. La literatura reducida a texto y puro sistema de signos pasa a ser más dependiente de los deseos de la crítica que la literatura “tradicional”, llena de contenidos biográficos, históricos e ideológicos. La materia, reducida a partículas elementales, se convierte en una entidad ideal, construida matemáticamente, con una cierta masa inerte. La sexualidad reducida a puro manejo se hace más cerebral y fantasmagórica que el impulso ordinario, que resulta de un estado total de enamoramiento en sentido físico, emocional y espiritual. Es esta “pureza”, la “quintaesencialidad”, como el objetivo de todas las revoluciones antes citadas (pura socialidad, pura sexualidad, etc.) se transforman en pura antítesis y negación de ellas mismas. Por eso la pura realidad es en última instancia una simulación –un simulacrum- de la propiedad de “ser real”.

Volvamos al significado inicial del prefijo “hiper”. A diferencia del prefijo “sobre” y “super”, lo hiper designa no simplemente un elevado grado de las propiedades que califica, sino un grado superlativo que excede un cierto límite. Este exceso es un excedente tan abundante de la calidad en cuestión que al cruzar el límite pasa a su propia antítesis, la cual revela su propia naturaleza ilusoria. El significado de “hiper”, en consecuencia, es una combinación de dos significados: lo “super” y lo “pseudo”. Lo “hiper” es tanto un “super” que a través del exceso y transgresión socava su propia realidad y se revela como “pseudo”. Por la negación de su tesis, la antítesis revolucionaria se dirige hacia lo “super” pero, finalmente, expone su carácter derivativo y simulador.

De esta manera, la dialéctica posmodernista (si es posible combinar estos términos tan heterogéneos) no implican ni la reconciliación ni la revolución sino, más bien, la tensión interna de la ironía. La antítesis, llevada hasta el extremo, encuentra su tesis dentro de ella, más aun, se revela ella misma como una extensión e intensificación de esta tesis verdadera. La negación revolucionaria prueba ser una hipérbole de lo que niega. La antítesis contiene a la tesis, en tanto es una proyección exagerada y camuflada.

Históricamente, la intensidad e ilusión, lo “super” y lo “pseudo” evolucionan en el desarrollo de lo “hiper” sólo gradualmente, como dos estados sucesivos. Su primera fase revolucionaria está representada por lo “super”. Esta es la fase de descubrimiento entusiasta o construcción de nuevas realidades: de la “supersociedad” socialista, de la “supersexualidad” emancipada, de las “superpartículas” elementales, del “supertexto” autorreferencial, de la “supermateria” autoimpulsada. La primera mitad del siglo veinte se preocupó por los avances revolucionarios de estos “superfenómenos”. Ellos germinaron a principios de siglo en los planteamientos teóricos de Marx, Freud y Nietzsche; en las

décadas de los años veinte y treinta estas “superteorías” tomaron formas prácticas de revoluciones social, sexual, científica, filosófica y crítica.

En la segunda mitad de siglo esto es seguido por una realización gradual de la virtualidad de todos estos superlativos omnipresentes. Lo “hiper” pasa a su otro lado o segundo estado: lo “pseudo”. La transición de lo “super” a lo “pseudo”, de las ilusiones estáticas de la pura realidad a la realización irónica de esta realidad como pura ilusión, explica la transformación histórica de la cultura de Europa y Rusia en el siglo veinte, la cual puede ser descrita como un movimiento del modernismo al posmodernismo.

La fase de lo “pseudo” es el común denominador de las crisis que tomaron lugar al final de este siglo. Bajo el signo de lo “pseudo”, los siguientes fenómenos experimentaron una crisis: la crisis del estructuralismo en las ciencias humanas, la crisis del concepto de elementalidad en física, la crisis de los proyectos de izquierda, freudianos y marxistas en ideología política, existencialismo y positivismo en filosofía, la muerte del sistema ideocrático soviético y de la sociedad comunista, tales son las consecuencias de la metamorfosis mundial de lo “hiper”: de lo “super” a lo “pseudo”. Es la crisis de la conciencia utópica como tal, seguida por la construcción de los discursos “pseudo” utópicos paródicos.

En su evolución histórica de lo “super” a lo “pseudo”, lo “hiper” se revela en su plena significación como la conexión necesaria y sucesión de sus dos fases: el modernismo y el posmodernismo. El modernismo, cuyo logro revolucionario es considerado como un progreso hacia una metafísica y pura “realidad” de lo super: la supersexualidad, la supermaterialidad, la supersocialidad, mientras que el postmodernismo revela su amplio espectro de la dialéctica de lo hiper como una conversión inevitable de lo “super” a lo “pseudo”. Desde una perspectiva posmodernista, la revolución socialista, la revolución

sexual, el existencialismo y el materialismo están lejos de ser aquellas reflexiones liberales de una más alta y “verdadera” realidad que ellas pretenden ser. Más bien ellas son unas máquinas intelectuales diseñadas para la producción de pseudomaterialidad, pseudosexualidad, pseudosocialidad, etc. Así, el posmodernismo encuentra en el modernismo no sólo el blanco de la crítica, sino, además, el terreno para su propio desarrollo con los hiperfenómenos. Estos hiperfenómenos serán imposibles si no para aquellas obsesiones revolucionarias con lo “super” que dieron origen a “vacíos” tangibles y simulacros extravagantes de la civilización contemporánea, incluyendo formas vacías y ridículas de ideologías totalitarias que dieron origen al postmodernismo ruso.

En un análisis final, todo fenómeno “super” tarde o temprano revela su propio lado opuesto: lo “pseudo”. Tal es la peculiaridad de la dialéctica posmoderna de lo “hiper”, distinta de la hegeliana de la síntesis comprensiva y de la dialéctica izquierdista de la negación pura. Es la dialéctica irónica de la intensificación-simulación, de lo “super” convertido en “pseudo”.

Toda revolución de la primera mitad del siglo veinte es reeditada y cancelada con su propio “post” de finales de siglo. Estos “posts” están surgiendo en cada espacio cultural donde los cambios más radicales y dramáticos se dan en la era moderna. La sociedad contemporánea es post-moderna, post-comunista, post-utópica, post-industrial, post-materialista, post-existencial y post-sexual. En este punto la dialéctica de lo “hiper”, que da origen a la totalidad irónica de la cultura del siglo veinte, deviene en su completa auto-realización.

Notas

1 Al respecto el psiquiatra y filósofo francés Félix Guattari (1985) dice que “una enunciación científica que produce quarks o una lectura del Big Bang del universo... produce entidades semióticas que nos permiten pensar y conectar eventos completamente incomparables. Pero no podemos decir que estos eventos semióticos están en relación de correspondencia con un ser que debe ser aprehendido en una relación de denotación. Estas entidades, obviamente, producen una visión del mundo, ellas producen un mundo; producen universos de referencia los cuales tiene su propia lógica de la misma manera que músicos como Debussy inventaron un nuevo tipo de relación con la escritura musical, un nuevo tipo de escalas, un nuevo tipo de línea melódica y armónica, con lo que de repente produjeron nuevos universos...”.

2 Como dice George Steiner (1991): “nunca antes, el estudiante y la persona interesada por la literatura lee comentarios y críticas de libros más que los propios libros”.

Ahora bien, la crítica posmodernista, tal es el caso, por ejemplo, de G. Steiner, vindica el texto pero esta vez no como “pura” literalidad, o esencia unívoca del significado impuesto por la interpretación de un especialista, sino más bien como aquella que presenta sus construcciones de la manera más visible y susceptible de ser puesta en tela de juicio. Podríamos hablar aquí de la falibilidad del crítico en la crítica posmoderna.

Al respecto, Steiner señala que: “las sucesivas composiciones y descomposiciones, dilucidaciones y degradaciones, fragmentaciones y compactaciones que el acto de leer aporta a un texto escrito son de tan delicada multiplicidad que no podemos llevar cuenta normativa o verificable de ellas” (p. 220).

Desde este punto de vista, el contexto pragmático, tanto material como cultural, es parte de la dinámica de la lectura así como lo es la psicología del lector individual. Contexto y psique están a su vez en constante interacción. De esta manera, la lectura canónica es subvertida por una nueva lectura más contingente y modesta: “aun en la más escrupulosa de las lecturas pausadas –dice Steiner- la visión que emerge del texto como todo es visión desde un ángulo y visión selectiva”. Y concluye: “con cada nueva lectura se realiza una nueva construcción, un nuevo ensamble” (idem).

3 Creo que –tal como señala Delgado Ocando (1978:241-242)– no debemos caer en “interpretaciones idealistas de la historia que atribuyen a líderes o grupos la responsabilidad

por los sucesos y vicisitudes del desarrollo social de un país, al igual que una interpretación ortodoxa del marxismo que sostiene que el desarrollo es el resultado inmediato de los intereses económicos de la clase dirigente”. Así, tanto las personalidades sobresalientes como el factor económico solo son algunas de las formas en que se presenta el proceso histórico más profundo (factores de raza, de religión, etc.). Con ello queremos subrayar que la crítica de Epstein se dirige al marxismo soviético, pero no a la manera como lo concibió su creador.

Referencias Bibliográficas

BAUDRILLARD, Jean. (1988). Selected Writings. Editorial Mark Poster, Stanford: Stanford UP.

----- (1976). Symbolic Exchange and Death

BAYLEY, John. (1960). The Character of Love. New York: Basic Book.

BELLOW, Saúl. (1967): “Scepticism and the Death of Life”. En The Arts and the Public. Ed. James E. Miller Jr y Paul D. Herring, Chicago-London: U of Chicago P.

ECO, Umberto. The Analysis of Structure (no se precisa la editorial ni el año R.N.).

ELIOT, Thomas. (1973). D.H. Lawrence: A Critical Anthology. Ed. H. Coombes Harmondsworth: Peguin Education.

DERRIDA, Jacques. (1991): “Différance”. En A Derrida Reader. Between the Blinds, New York: Columbia UP.

DOSTOIEVSKY, F. (1972). Notes on Underground/The Double. Trad. Jessie Coulson London: Penguin Books.

LEWIS, C.S. (1958). The Allegory of Love. New York: Oxford UP.

PAGELS, H. (1991): “Uncertainty and Complementarity”. En The World Treasury of Physics, Astronomy, and Mathematics. Editorial Timothy Ferris. Boston: Little, Brown and Co.

SARTRE, J.P. (1966). Being and Nothingness. Trad. Hazel E. Barnes. New York: Washington Square Books.

Lista de Referencias de las Notas Críticas

BARILLI, Renato. (1994): "Polivalencia y ambigüedad del Postmodernismo". En Revista CRITERIOS, No. 32, julio-diciembre, La Habana, Cuba.

DELGADO OCANDO, J.M. (1978). Hipótesis para una Filosofía Antihegemónica del Derecho y del Estado. Instituto de Filosofía del Derecho, Universidad del Zulia, Venezuela.

----- (1994): "Posmodernismo y Hegemonía Finisecular". En FRÓNESIS, vol. 1, No. 1, pp. 1-18, Revista del Instituto de Filosofía del Derecho, Universidad del Zulia, Venezuela.

PICÓ, Joseph. (1988), (Compilador). Modernidad y Postmodernidad. Alianza Editorial, España.

STEINER, G. (1991). Antígonas. Una poética y una filosofía de la lectura. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

STIVALE, Ch. (1985). Conversaciones con Félix Guattari. 19 de marzo de 1985 (Pág. Web: <http://www.dc.pearchnet.edu/mnunes/guattari.html>)